

todo en lo posible cabe—  
necesitáis el amparo  
de un brazo y un corazón,  
si os pueden servir de algo,  
aquí, señora, tenéis,  
mi corazón y mi brazo!

Don Fadrique y Fernán de Castro se inclinan y salen  
por la izquierda seguidos del paje.

## ESCENA VI

DOÑA MARIA y DOÑA JUANA GARCÍA DE SOTOMAYOR

JUANA

¡Pálida estáis, dueña mía!  
No parece sino que  
con la claridad del día  
vuestra claridad se fué.

MARIA

Don Pedro cazando está  
y sin él vivir no puedo.  
Es sol que vida me da,  
y cuando mi sol se va  
yo no sé cómo me quedo.  
Corro de acá para allí,  
con mi soledad batallo,  
y en mi ciego frenesí  
busco algo que no hallo  
ni en mí ni fuera de mí,  
pues tras su recuerdo fiel

vaga aturdido mi amor,  
dando aullidos de dolor,  
igual que un ciego lebrel  
en busca de su señor.  
Mi corazón se subleva  
cuando pienso en su partida...  
¿Cómo no quedar dolida,  
cuando en sus manos se lleva  
como un anillo mi vida?  
¡Vida que tan suya es,  
que si de ella se cansara,  
yo misma la deshojara  
como una flor a sus pies!

## ESCENA VII

Dichos y MENCIA con un laúd en la mano; URRACA,  
ALFONSO CARIELLO, ISABEL y damas que entran por  
la verja del jardín.

MENCIA

Acercándose a doña María.

Aquí el laúd. El laúd  
de aquel joven trovador  
que, prendado de la reina  
doña Juana de Aragón,  
le hallaron una mañana  
muerto al pie de un torreón,  
con un venablo clavado  
en mitad del corazón.  
Tiene las cuerdas de plata...

¡Señora, pulsadlo vos,  
que sólo pulsarlo deben  
manos que sepan de amor!

JUANA

Cantadnos, doña María,  
alguna nueva canción,  
que los cantares y el vino  
hermanos gemelos son,  
pues ambos dicen que espantan  
las penas del corazón.

MENCIA

¿Os acordáis de la trova  
a Sevilla, que, al fulgor  
de la luna sobre el río,  
en vuestra barca cantó  
aquel remero de Gelves  
con lágrimas en la voz?  
Era una noche de mayo...  
Don Pedro estaba con vos,  
apenas convaleciente  
de su mal. Bajo el blancor  
del plenilunio, la barca  
se deslizaba veloz,  
como perdida en un sueño  
de blancos lirios en flor.  
¿Os acordáis? En el aire  
se respiraba el olor  
de las riberas floridas  
de azahares... Se extinguió

como un perfume en el viento  
el eco de la canción...  
¡Recitad aquella trova,  
que quiero aprenderla yo!

ISABEL

¡Recitadla!

URRACA

¡Recitadla!

JUANA

¡Siquiera por el amor  
de esa ciudad que os adora  
igual que se adora a Dios!

MARIA

*Acompañándose del laúd.*

Eres, Sevilla, igual que una  
sultana pálida de amor,  
que encanta un rayo de la luna  
sobre un morisco mirador.  
Tu regia pompa se retrata  
bajo tus cielos de zafir,  
como en espejos de oro y plata  
en el azul Guadalquivir.  
Tu nombre, dulce de cantar,  
glorioso como el del laurel,  
huele a jazmines y a azahar,  
suena a laúd y sabe a miel.

Mansión de encantos hecha para,  
 sin voluntad, morir de amor  
 como una flor que deshojara  
 el salpicar de un surtidor.  
 Los ojos que una vez te ven  
 siempre contigo han de soñar,  
 y ni en la gloria del Edén  
 podrán tus glorias olvidar.  
 Aureo joyel de Andalucía,  
 otra ciudad cual tú no existe,  
 pues es, Sevilla, la alegría,  
 la regia pompa que te viste.  
 ¡Córdoba tiene su mezquita,  
 Jaén su altiva catedral...  
 Sevilla nada necesita,  
 porque Sevilla tiene más!  
 Cielos más claros que ninguna,  
 noches más límpidas y bellas...  
 Aquí es más fúlgida la luna  
 y más brillantes las estrellas.  
 Tu juventud, ebria de amores  
 y sol, no sabe lo que es frío...  
 En ti no nievan sino flores  
 y llueven perlas de rocío.  
 Ciudad formada para el  
 sueño más bello del amor,  
 tienes la sangre del clavel  
 y el corazón del ruiseñor...  
 ¡Ciudad formada para el  
 sueño más bello del amor!

Pequeña pausa. En el jardín aparece la luna.

JUANA

Todo el alma de Sevilla,  
 igual que un ramo de azahar  
 sobre el seno de una novia,  
 perfuma en ese cantar.  
 Resuena un estruendo de trompas de guerra en el foro.

MARIA

Alarmada.

Esas trompetas, ¿qué son?

JUANA

Corriendo al ajimez de la izquierda.

Don Fadrique que se va  
 a Llerena con los suyos.

URRACA

Desde el fondo.

¡Venid, señora, y mirad  
 cómo atraviesan sus huestes  
 las calles de la ciudad!

ISABEL

Desde el jardín.

¡Qué gallardo va el maestro  
 cabalgando en su alazán!

JUANA

Desde el jardín los veremos.

URRACA

¡Venid, señora, y mirad!  
 Doña María y las damas se dirigen al jardín entre el  
 clamor de las trompetas. Al ir a salir Mencía la de-  
 tiene Beltrán, que entra rápidamente por la iz-  
 quierda.

ESCENA VIII  
BELTRÁN y MENCIA

MENCIA

¡Siempre os encuentro a mi lado!  
¿El rey, acaso, Beltrán,  
para honrarme, os ha nombrado  
mi guardián?  
¡Vuestra terquedad me asombra!  
¿Cuándo libre me veré?

BELTRAN

Cuando os deje vuestra sombra,  
yo, señora, os dejaré.

MENCIA

Siempre que hablo, me contesta  
como un eco dolorido,  
vuestra voz, torpe y molesta...  
¿Cuándo dejará mi oído  
de escuchar las tristes quejas  
de vuestros locos amores?

BELTRAN

Cuando dejen las abejas  
de buscar miel en las flores.

MENCIA

Es vana vuestra porfía...  
¡Dejadme ya, señor paje!

BELTRAN

No puedo, doña Mencía,  
que traigo un doble mensaje.

*Mencia intenta escapar. Beltrán la detiene.*

Escuchad... El rey lo ordena.

MENCIA

Si me niego a obedecer,  
decid, Beltrán, ¿qué condena  
el rey me puede imponer?

BELTRAN

Su justicia es vengadora  
con la traición... ¿Ya sabéis?...  
Que os den mil besos, señora,  
donde vos mejor gustéis;  
pues generoso es su pecho,  
y a los reos de traición  
suele dejar un derecho:  
el derecho de elección...

MENCIA

Mil besos... ¡Ay, qué insolencia!

BELTRAN

Y estos mis labios serán  
los dos verdugos que harán  
en vos firme la sentencia.

MENCIA

¿Y si a cumplirla me niego?

BELTRAN

Mis brazos serán prisión...  
¡Y os quemaréis en el fuego  
dentro de mi corazón!

MENCIA

Por no sufrir tal ultraje  
os oigo. Como es de ley,  
decid el doble mensaje...  
Pero primero el del rey...

BELTRAN

Ya sabéis, doña Mencía,  
que, como mozo galán,  
gusta de la cetrería...  
Sobre un soberbio alazán,  
todo enjaezado de oro  
y perlas, que le envió  
desde Granada el rey moro  
esta mañana salió  
con otros nobles señores,  
de Sevilla, la leal,  
a probar unos azores  
llegados de Portugal.  
Y como soy su halconero  
favorito, también iba  
cabalgando en un overo  
en la regia comitiva.  
Por esos montes cazando  
pasamos entero el día:  
él, en su dueña pensando,

y yo en vos, doña Mencía.  
A su lado me llamó,  
y en voz baja me ordenó  
que regresase a Sevilla,  
galopando a rienda suelta,  
para dar a la Padilla  
la noticia de su vuelta.  
Y encontrar no pudo él  
un mensajero mejor,  
¡que al más cansado corcel  
alas le presta el amor!  
Y ya que os di su mensaje,  
ahora, señora, escuchad  
otro que para vos traje...  
¡Mis tristes ojos mirad,  
y ellos os dirán, Mencía,  
todo lo que el alma siente,  
cual decirlo no podría  
el labio más elocuente!  
Miradlos por vos llorar,  
pues el llanto es el mejor  
lenguaje para expresar  
las tristezas del amor!

MENCIA

Conmovida.

¡Beltrán, Beltrán, yo no quiero  
que sufras así, que llores!...

Contemplando el jardín, donde resuenan las risas de las  
damas.

Mas, mira: aquel limonero

está dejando sin flores  
mi señora... Trae un ramo  
tan grande, que si dijera  
que es ella la primavera...

BELTRAN

¡Mencia!... ¡Cuánto te amo!

MENCIA

¡Calla, calla, señor paje!...  
¿Cuándo al fin te callarás?  
Se acerca ella, y podrás  
ahora decirle el mensaje.

Se dirigen al jardín, donde se ven cruzar a doña María  
y algunas damas. Por la puerta de la izquierda apare-  
cen Alburquerque y Pero López de Ayala.

#### ESCENA IX

ALBURQUERQUE y PERO LOPEZ DE AYALA

ALBURQUERQUE

Alguna noticia urgente  
Beltrán ha traído. Acabo  
de verle entrar a galope  
desempedrando ese patio.  
Tiró las bridas al cuello  
y descabalgó de un salto,  
y aquí se entró tan de prisa  
que alcanzarle no he logrado.

LOPEZ

Temeroso.

¡Si algún traidor a don Pedro  
le dió la noticia, estamos  
perdidos!

ALBURQUERQUE

¿Por qué temores  
si armas tenemos y brazos?  
Y puesto que en esta empresa  
la cabeza nos jugamos,  
si a traición nos han vendido,  
en vez de esperar, temblando  
como viles mujerzuelas,  
las cóleras del tirano,  
esperemos como hombres,  
con las armas en la mano.  
Retroceder no es posible;  
todo está ya preparado;  
prontas las gentes de armas;  
los corceles enjaezados...  
Al sonar las oraciones  
aquí estaremos. En tanto,  
para que seguir no puedan  
las huellas de nuestros pasos  
desjarretaremos todos  
los corceles que han quedado  
en esas caballerizas...  
Y encerraremos al paso,  
en las cuevas del alcázar,  
palafreneros y esclavos...

LOPEZ

Aquí viene la Padilla  
con Beltrán...

ALBURQUERQUE

Ayala, vámonos,  
no sospeche de nosotros  
al mirar que la espiamos.

Se van por la izquierda.

## ESCENA X

DOÑA MARIA, DOÑA JUANA, MENCIA, URRACA, ISABEL, BELTRAN y damas, que entran por la verja del foro, con grandes ramos de flores.

MARIA

Frescas guirnaldas de rosas  
en los arcos colocad;  
cubrir de lirios el suelo,  
y mi cámara adornad  
con manojos de claveles  
y con ramos de azahar,  
que mi amor regresa, y gusta  
entre flores reposar.

Algunas damas suspenden guirnaldas de los arcos.  
Otras penetran con las flores en el aposento de doña María.

Encended todas las lámparas,  
y de las arcas sacad  
la veste mejor labrada,

el más soberbio collar,  
las joyas más ricas, todo  
cuanto me pueda ataviar,  
porque le gusta mirarme  
ataviada a mi galán.  
Cumplid mis órdenes presto...  
¿Llegará pronto, Beltrán?

BELTRAN

Tal ansia tiene de veros,  
que para presto llegar  
alas su misma impaciencia  
a su corcel prestará.

MENCIA

Saliendo de la estancia de doña María.

Señora, el rey ha llegado...

BELTRAN

Aquí le tenemos ya.

Aparece don Pedro por la estancia de doña María,  
vestido de caza y con un gerifalte al puño. Doña  
María corre hacia él.

## ESCENA XI

Dichos y DON PEDRO

MARIA

¡Don Pedro!

PEDRO

¡Doña María!...

Felices ojos que van  
a verte después de tantas  
horas que ciegos están!

A Beltrán.

Toma el gerifalte, toma  
mis armas y ve, Beltrán,  
a la entrada del jardín  
a recoger mi alazán,  
que fatigado, de tanto  
como ha corrido, estará.

MARIA

¡Mi corazón va a romperse  
de tanta felicidad!  
¿Cómo llegasteis tan pronto?

PEDRO

Un deseo de mirar  
tus pupilas, de sentirte  
entre mis brazos temblar,  
me acometió de repente...  
Volví rienda a mi alazán...  
Nadie sabe mi partida  
ni nadie me ha visto entrar...

MARIA

¡Dueñas mías, dueñas mías,  
marchaos a descansar!

Salen las damas por la puerta de la derecha.

## ESCENA XII

DON PEDRO y DOÑA MARIA

MARIA

¿Vendrás fatigado de la cetrería?

PEDRO

Tres leguas por verte corrí en una hora...  
¿Mas qué son tres leguas, si el amor nos guía?  
Amor tiene alas, distancias devora...  
Con las bridas sueltas, flotantes las crines,  
sintiendo la espuela sangrar los ijares,  
mi corcel volaba por esos jardines  
que nievan el suelo con sus azahares.  
Un rastro de flores dejó su carrera.  
¡Amorosamente temblaban sus ancas,  
igual que si en ellas resbalar sintiera  
las tibias caricias de tus manos blancas!

MARIA

¡Oh dulces verdades y tiernas mentiras!  
¡Qué alegres mis manos en tus manos presas!  
Se apagan mis ojos si tú no los miras;  
se secan mis labios si tú no los besas...  
A tu lado todo de gozo florece...  
¡Viéndome en tus ojos recobro la calma,  
porque al verme en ellos, señor, me parece  
que miro mi alma dentro de tu alma!

PEDRO

¿Te acuerdas, María? ¿Te acuerdas, María?



Te vi en una tarde clara como ésta...  
 También, como ahora, de caza volvía,  
 galopando solo por esa floresta,  
 gerifalte al puño y al cinto la espada,  
 ebrio con la gloria de mis quince abriles,  
 sueltos a la fresca brisa perfumada,  
 mis rubios y undosos rizos juveniles...  
 Entre locos sueños, en la maravilla  
 de la tarde, el alma respiraba entera  
 el perfume múltiple que exhala Sevilla,  
 que es todo el aroma de la primera.  
 Bajo él argentino claro campaneo  
 que la floreciente tarde armonizaba,  
 sediento de presas, era mi deseo  
 como el gerifalte que al puño llevaba.  
 Refrené mi potro... Revoloteaban  
 las palomas sobre tu alfeizar, María.  
 Unas, en tus manos el trigo picaban,  
 y otra, más traviesa, su pico extendía  
 buscando tus labios, con su tembloroso  
 plumaje peinando tu negro cabello...  
 ¡Mi halcón sobre ella lanzóse celoso,  
 y sus corvas garras las hundió en su cuello!...  
 ¡Y lanzando un grito de horror, dolorida,  
 a tus propios senos llevaste la mano,  
 igual que si en ellos sintieses la herida  
 del amor, que tiene garras de milano!

MARIA

¿Y cómo mi labio reprimir podría  
 un grito de angustia, si también tu halcón,

al par que apresaba la paloma, hundía  
 sus garras sangrientas en mi corazón?  
 Un presentimiento suspiró a mi oído,  
 con la voz que oímos temblar en un sueño:  
 —¡Tu alma ya no es tuya!... ¡Su dueño ha venido!...—  
 ¡Y alma y vida, juntas, se las di a mi dueño!  
 Te amo porque eres generoso y fuerte;  
 porque me subyuga tu altivo mirar;  
 porque ha encadenado tu orgullo a la muerte,  
 y altivo la miras sin pestañear!  
 Y cuando mis manos tus rizos separan,  
 de orgullo y de miedo salta el corazón,  
 y mis dedos tiemblan, cual si acariciaran  
 las enmarañadas crines de un león.  
 ¡Reposa en mis brazos! Da todo al olvido...  
 ¿Qué te importan reinos, cetro ni corona?...  
 ¡Con las zarpas prestas y atento el oído,  
 mi león, tus sueños vela tu leona!

### ESCENA XIII

Díchos y BELTRAN, que entra por la derecha.

BELTRAN

Su Alteza me perdona... mas venía...

PEDRO

¿Qué pasa? Dí, Beltrán, ¿cómo te atreves  
 a penetrar aquí?

BELTRAN

Están, don Pedro,

Tembloroso.

desjarretados todos los corceles  
en las caballerizas...

PEDRO

¿Es posible?  
Mas, ¿cómo? Dí, Beltrán...

BELTRAN

¡Venid y vedles!  
Hasta vuestro alazán, en este patio,  
bañado en sangre y en sudor se muere...

PEDRO

¡Dame un hierro, Beltrán! ¡Vuelvo, María!  
¡Sepamos presto qué misterio es éste!  
Beltrán toma una antorcha y sale con don Pedro por la primera puerta de la derecha. Suenan las oraciones en el convento próximo. Doña María se arrodilla. Algunas sombras aparecen en el fondo del jardín.

#### ESCENA XIV

DOÑA MARIA y conjurados.

MARIA

Rezando.

¡Señor, por las afrentas que sufriste,  
haz que repose el corazón del triste,  
y que sus llagas dolorosas  
se conviertan en rosas!..  
¡Señor, por las afrendas que sufriste!  
¡Señor, por el dolor de tu pasión,

unge con la piedad de tu perdón  
a los que en brazos del mal gimen,  
a la traición y al crimen!..  
¡Señor, por el dolor de tu pasión!  
¡Señor, por las espinas de tu sien,  
por la sangre que corre por tu faz,  
da a los ojos el sueño, y da también  
al corazón la paz!..

¡Que nadie turbe vuestra gloria!.. ¡Amen!

Los conjurados se han ido acercando cautelosamente a doña María. Esta, al levantarse, los contempla y retrocede asustada.

ALBURQUERQUE

En voz baja a los conjurados.

Vigilad esas puertas...

MARIA

Mas, ¿qué es esto?

¡Traición, traición!

Gritando.

ALBURQUERQUE

Amenazándola con un puñal.

¡Silencio! ¡Una palabra  
y sois muerta!

MARIA

¡Socorro!

ALBURQUERQUE

¡No gritéis  
o mi puñal os hundo en la garganta!

MARIA

¡Don Pedro, a mí, don Pedro!...

Los conjurados arrebatan a doña María,

## ESCENA XV

Dichos y DON PEDRO, BELTRAN y damas. Las damas salen precipitadamente por la segunda puerta de la derecha, y después don Pedro y Beltrán. Todo rapidísimo.

DAMAS

¿Qué sucede?

MARIA

Gritando por el foro.

¡Amparadme!

ALBURQUERQUE

¡Ponedle una mordaza!

DAMAS

Gritando, mientras los conjurados se llevan a doña María hacia el jardín.

¡Se la llevan!... ¡Socorro!

MARIA

¡A mí, don Pedro!

DAMAS

Como locas, gritando.

¡Socorro!... ¡Auxilio!... ¡Compasión!...

PEDRO

Apareciendo en la primera puerta de la derecha.

¿Qué pasa?

DAMAS

Se la llevan.

El rey corre hacia los conjurados, y al ir a escapar por la verja, sujeta del tabardo a López de Ayala. Don Pedro levanta la espada. Pero López de Ayala cae de rodillas.

LOPEZ

¡Piedad!...

PEDRO

¡Presto! ¿Quién eres?

LOPEZ

¡Tened piedad, señor!

PEDRO

Arrancándole el antifaz.

¡López de Ayala!

LOPEZ

Me arrastró la lealtad... Pensé serviros...

PEDRO

¡Disculpas no me des!... ¡La verdad!... ¡Habla!

LOPEZ

Albuquerque y La Cerda se la llevan a medina del Campo...

PEDRO

Sacudiéndole violentamente por el brazo.

¡Traidor, basta!

¡Puesto que al hombre transformáis en fiera, la fiera va a rugir... Desde este instante, para saciar mi sed no habrá bastante sangre, traidores, en Castilla entera!...

TELÓN RÁPIDO